

Edgar Viñals, que organiza fiestas para discapacitados



VÍCTOR-M. AMELA

IMA SANCHIS

LLUÍS AMICUET

Tengo 23 años. Nací y vivo en Barcelona. Soy integrador social, y colaboro con Isep Solidari. Estoy soltero, no tengo hijos. Deberíamos revolucionar este sistema social. Creo en las personas, las emociones y los ideales. Hemos creado Sarau, diversión para pacientes de todo tipo

“El ocio festivo es sanador, divertirse es terapéutico”



KIM MANRESA

Discoteca sin filtros

Llega con una camiseta que luce estampada esta frase: “Locura es libertad sin ataduras”, y para él no es sólo una frase, sino su modo de vivir. Su juventud aún a experiencias muy intensas y una vitalidad que le lleva a defender la fiesta, el ocio lúdico, la diversión y la juerga como complementos terapéuticos para pacientes con etiquetas médicas y psiquiátricas de todo tipo. Se asombra de que en una macrourbe como Barcelona, con tanta oferta lúdica, nadie haya pensado antes en la diversión de estas personas, ¡como si no fuesen seres humanos! Por eso organiza fiestas para ellos en la discoteca Seventy Seven (c/ Balmes con València) todos los sábados por la tarde (info@sarau.org).

Integrador social? Acompaño a personas para ayudarlas a ser funcionales socialmente, a ser más autónomas.

¿Qué tipo de personas?

Con incapacidades intelectuales y físicas o trastornos mentales. Singulares.

¿Singulares?

Todos lo somos. Todos somos únicos. Todos tenemos capacidades y discapacidades, y podemos barajarlas y sacarles partido.

Bien, pero hay discapacidades... y discapacidades.

¿Esquizofrénicos, maniacos, bipolares, locos?: no, ¡personas! Las etiquetas diagnósticas arrebatan a las personas su derecho a serlo y a disfrutar la vida. Yo mismo, como integrador, al primero que integré fue a mí.

¿Qué le pasaba?

A los 15 años me etiquetaron: bipolar.

¿Qué síntomas tenía?

Periodos depresivos y otros maniacos, de una euforia expansiva que me llevó a dormir poco, abusar de alcohol y otras drogas, ser irascible, agresivo...

¿Con qué consecuencias?

Me fugué de casa, fui detenido e ingresado en un centro de menores –me enfrenté a todos, me sentía invulnerable– y luego en el sanatorio mental de Sant Boi.

¿Y cómo vivió eso?

Te drogan (“choque farmacológico”, lo llaman: los músculos se contraen dolorosamente, es como una paliza) y te atan (“contención institucional”, lo llaman).

No les quedaría otro remedio...

Es un modo de tratar a una persona que estigmatiza. Hoy trato con pacientes que a veces me abofetean, ¡y jamás los ataré!

¿Y qué hace?

Diálogo. Comprendo sus conductas, busco contenerlas dialécticamente...

¿Cómo salió usted de lo suyo?

Tras el trato recibido, ¡cuesta mucho convencerte de que eres independiente, libre, autónomo, capaz, digno! Primero, en un manual psiquiátrico leí el perfil del bipolar: “Bien, soy esto”. Catalogarte consuela; pero luego me descatalogué: “No; soy Edgar!”.

Y con ayuda farmacológica, supongo.

Hace un año decidí dejar todas las drogas, incluidos los muchos ansiolíticos y antipsicóticos que ingería. Tras un crudo síndrome de abstinencia, ¡estoy más tranquilo que cuando los tomaba! Sólo mantengo el litio.

Los psiquiatras van a reñirle.

Diagnostican con excesiva soltura y recetan demasiados fármacos. Pero yo tuve suerte.

¿Por qué?

Gané un concurso de poesía Jocs Florals del

distrito de mi colegio, y eso me devolvió autoestima. Y tuve educadores de verdad en un hospital de día.

Y hoy ayuda usted a otros.

¡Ayudando, me ayudo! No soporto lo de “mira qué bueno soy...”. Yo disfruto con lo que hago. Soy aceptado y aprendo mucho.

Cuénteme algo que haya aprendido.

A empatizar con internos en clínicas y residencias, sin miedos ni lástima: sus conductas incomodan socialmente y se las cortan de raíz, pero ¿por qué no darles margen, dejarlas desarrollarse, observar adónde van? Llamamos locura a lo que es otra lucidez.

¿Qué más propone?

Un diagnosticado tiene el tiempo reglado, acotado, medicalizado. ¿Y el ocio? ¿Y el tiempo libre? ¿Y la diversión? ¿Y el placer? Después de dormir y comer, ¡eso es una necesidad humana de primer orden!

¿Y no pueden satisfacerla?

No: se les recluye como a enfermos infecciosos. Es inhumano. Por eso un grupo de integradores hemos empezado a organizar fiestas para que esas personas lo pasen bien...

¿Qué tipo de fiestas?

Música, baile, zumos, ¡marcha! En una discoteca, cada sábado, de cinco a ocho de la tarde, sin filtros de edad, sexo o perfil diagnóstico: abogamos por la riqueza de la diversidad, por un ocio integrador, inclusivo.

¿Tetrapléjicos y autistas, bipolares y Down, parálisis cerebrales y...?

Personas que bailan y se divierten. Así se diluyen las etiquetas, ¡son personas de tú a tú! Venga usted: todos son admitidos. Aprenderá de la diferencia. Yo bailo ahí.

¿Y lo pasan bien?

“He visto la luz, he conocido a gente nueva”, “qué divertido es bailar al lado de otro”, “he hablado con una chica que...”, me dicen. El barman profesional que nos sirvió el primer día lloró: “Mira que llevo años de barman, ¡pero esto es tan bonito...!”. Se ponen guapos, vienen contentos, se van felices...

Aplaudo la iniciativa.

“¡Nunca había visto a ese levantarse de su silla...!”, me dijo el cuidador de uno el sábado pasado. Y bailan como locos, juegan a bolos, se liberan, se relajan... Una persona que lo pasa bien es más feliz y, por tanto, vive mejor. ¡Importa la calidad de vida, no sólo la estabilidad del cuadro clínico!

¿Y qué dicen médicos y psiquiatras de sus fiestas abiertas?

Son escépticos..., aunque algunos ya van entendiendo que el ocio rehabilita, que también el ocio es sanador. ¡Divertirse sana!

Y además de bailar... ¿ligan?

He visto algún beso... ¡Son personas! Tienen sentimientos y sexualidad. Parientes y facultativos lo admiten, sí..., pero sólo de boquilla. Yo pregunto: ¿por qué les negamos gozar de relaciones sexuales completas y seguras? ¡Qué saludable sería para muchos de ellos facilitarles un buen servicio sexual...! Hay profesionales del sexo que se lo harían con mucha ternura, tacto y cariño.

VÍCTOR-M. AMELA

REINVENT YOUR REALITY

CAMPER



camper.com